

PRIMERA PARTE

---

**Relaciones hispanoamericanas**



## Fuerzas progresivas

---

### I

#### Estado actual de España

Con motivo de la información que acerca de la supuesta decadencia actual de Francia ha publicado el semanario parisién *L'Européen*, algunos autores han vuelto á discutir la cuestión general de las decadencias. El resultado de la discusión, para todo lector imparcial y sereno, no puede ser otro que el reconocimiento de esta verdad elemental en Sociología y en Historia: que, no obstante la trabazón orgánica de todos los órdenes de la vida social, pueden darse al propio tiempo, en una nación, fenómenos progresivos y fenómenos regresivos, ó en otros términos, que no es uniforme la marcha de todas las actividades nacionales, siendo posible la coincidencia de un desarrollo grandioso en algunas, con un decaimiento terrible en otras. El hecho había sido ya observado, con relación á España, verbigracia, en lo que se refiere á su llamado «siglo de oro» de la literatura (y aun, en ciertos respectos, de la ciencia), coincidente, casi punto por punto, con la profunda depresión política y económica del siglo XVII y buena parte del XVI. Pero esto lo explican algunos sociólogos é historiadores de modo sencillísimo: unos, por creer que aquellas florecencias



intelectuales representan el resultado último de energías acumuladas anteriormente, de reservas que se gastaron así por completo de una vez; otros, por la teoría de que las manifestaciones literarias, y en general casi todas las intelectuales del «antiguo régimen», son precisamente fruto de pueblos que han rebasado el punto de su culminación y empiezan á descender muy de prisa.

Sea lo que fuere de este caso especial, lo que no cabe duda es que á menudo se da en los pueblos el fenómeno de una mala política, de una administración detestable, de una vida *pública*, en fin, que parece trabar todo progreso, junto al fenómeno de una masa social que camina hacia adelante, á pesar de todo. Pudiera esto argüir en favor de aquellos pensadores que tienen la acción del Estado por bastante menos eficaz de lo que generalmente se cree, sobre la vida íntima de las naciones. Me inclino á sacar esta consecuencia; pero cada vez menos atrevido—y estoy muy contento, científicamente, de no serlo—en punto á establecer afirmaciones absolutas, me limito á comprobar la existencia del hecho, el cual se da precisamente ahora en nuestra España.

Lo diré de una vez, porque en estas cosas me gusta ser franco, categórico; es esa la única esperanza *positiva* que podemos alimentar los españoles en punto á nuestra «regeneración»; y le da una fuerza enorme la circunstancia de que así lo piensen también los extranjeros, observadores, no diré que siempre imparciales, pero sí, de fijo, libres de nuestras preocupaciones y del error de la «ecuación personal» en el examen de lo español. Podría citar muchos ejemplos tomados de los diarios y de los libros ingleses, alemanes, franceses, hasta rusos; mas para no caer en una enumeración que acabaría por ser aquí monótona, ruego que por esta vez se me crea bajo mi palabra. Y volvamos al hecho.

Lo defectuosísimo de nuestra administración; el desacierto constante y la debilidad de nuestros gobiernos; la falta de un plan seguro, de una conciencia clara de los males

que padecemos y de los remedios que necesitan; el desaliento de muchos; la desorientación de casi todos, y el positivismo egoísta de bastantes, atentos únicamente á sacar leña del árbol caído, son cosas demasiado evidentes para ser negadas. Aunque, naturalmente, de ellas hacen argumentos *pro domo sua* y contra la ajena los diferentes partidos políticos, es posible afirmarlas y discutir las colocándose en un terreno completamente neutral, alejado de las luchas diarias: en el de un patriota sincero que busca la salud de su país sin vincularla á una fórmula (mientras no se demuestre que la vinculación es forzosa) y sin negar por sistema que la pueda traer el vecino de enfrente. La mayoría de los vicios de nuestra vida política son demasiado complejos y tienen origen harto remoto para culpar á tales ó cuales personas ó agrupaciones actuales, que muy á menudo son, más que autores, víctimas de esos vicios ya tradicionales. No quiero decir con ello que estén libres de pecado. En último término, les tocaría á muchas de esas personas, y de las más ilustres, el pecado de no oponerse, pudiendo hacerlo, al desconcierto general, máxime en un país donde tan fácil es que el gobierno sea omnipotente en su esfera y que en el gobierno sea omnipotente un solo hombre. Lo que quiero decir es que esos vicios están infiltrados en toda la vida pública y que no han de corregirse por un cambio de partido, á las veinticuatro horas, como si el mal estuviese sólo de un lado y el bien de otro.

Peró si desde este punto de vista, en la política interior, en la exterior, en todos los ramos de la administración, el diagnóstico no puede ser más terrible de lo que es, en boca de propios y extraños, hay muchos elementos que, viviendo en otras esferas, van empujando lentamente el progreso del país y preparando un cambio profundo que, por lo menos, todo español debe desear ver cumplido.

De esos elementos quiero hablar hoy, para alentar la esperanza de los españoles de América y desvanecer los pesimismo de muchos americanos. Para mí mismo es útil entrar en este género de análisis, porque yo, que soy un



*pesimista activo*, necesito también ir alumbrando mi amor á la patria y mi conciencia del deber de trabajar por ella siempre—sea cual fuere el estado de ánimo—con las luces que á la dura realidad arranca el trabajo de los otros.

Como la idea de progreso es una idea relativa, su realidad suele comprobarse perfectamente por medio de la comparación en el tiempo. Ahora bien; si comparamos el estado actual del pueblo español con el que tenía hace veinte ó treinta años, no podremos menos de advertir—á despecho de otros datos que parecen regresivos—un avance considerable en punto á la orientación general. La barrera misonista se ha roto, y por el portillo abierto han entrado multitud de ideas nuevas, profesadas hoy por los mismos que antes las rechazaron. Tomaré por ejemplo un orden de cuestiones de importancia suma para el progreso social: las cuestiones pedagógicas. En 1882 era muy común tener por ridículo á quien hablase de pedagogía. Un congreso de enseñanza, celebrado entonces en Madrid, demostró que la inmensa mayoría de los maestros primarios ignoraba en absoluto el sentido moderno de los problemas referentes á su profesión, y que rechazaba como si fuesen herejías todas las *novedades* (harto *viejas* en el extranjero) que algunos, bien enterados, predicaban. Nada de programa integral, de métodos realistas, de excursiones, de sistema cíclico, de coeducación de sexos, etc., etc. Bastantes años más tarde, todavía un diario de gran circulación tomaba á chacota el Orfanato Prévost, de Cempuis, y denunciaba casi como á criminales á quienes osaban defenderlo. Ved ahora nuestra novísima legislación escolar y encontraréis aceptado todo lo que entonces se rechazó. ¿Es que los hombres que en 1882 representaban el progreso han subido al poder y desde allí han implantado sus ideas? No; ninguno de ellos ha sido ministro, director general ni persona influyente en la política, á la cual, sistemáticamente, se han sustraído casi todos. Pero han seguido predicando, con la voz y con el ejemplo; no han cejado un instante en la propaganda; han creado una corriente de opinión, y hasta en las reformas

decretadas por sus mayores enemigos en ideas (citaré al marqués de Pidal) puede verse la huella de sus enseñanzas. Así como después de 1898 se produjo el milagro de que casi todos nuestros políticos tenían convicciones autonomistas por lo que se refiere á Cuba (aunque justo es decir que las mantuvieron en secreto hasta entonces), hoy se muestran celosos partidarios de los progresos pedagógicos los mismos que hace veintitantos años se negaban á ellos irreflexivamente, por puro misonismo.

Otro ejemplo, más reciente y de producción mucho más rápida, lo tenemos en el Instituto del Trabajo. Rechazado casi con terror, cuando en 1902 lo propuso el señor Canalejas, y no sólo por lo que el Instituto parecía significar (pues á ciencia cierta no lo sabía ninguno de sus oponentes), sino también por la representación ideal de las personas llamadas á dirigirlo, hoy es un hecho realizado por un gabinete conservador, con el concurso de muchos de los que en 1902 decían *vade retro*, y por de contado, con la dirección técnica de aquellas mismas personas puestas en entredicho dos años antes.

¿Qué significa esto? Indudablemente, una mayor ductibilidad en la masa, ó si se quiere, un aumento de su permeabilidad en punto á las ideas nuevas, y por tanto, un crecimiento de eficacia en la propaganda.

No es que yo desconozca la parte de pura apariencia que en todo esto puede haber. La mayor facilidad para la penetración de las ideas será tal vez efecto de una indiferencia que llegue hasta la renuncia á la lucha, y por tanto, que no entrañe convicción, ni honda ni superficial; pero esta indiferencia—que lo mismo toca á las ideas nuevas que á las viejas—suprime, por lo menos, el obstáculo, y permite que los convencidos, que los entusiastas, trabajen libremente. Puede haber, en la adopción de las novedades, motivos poco puros, perfectamente ajenos al sentido ideal de las cosas adoptadas; pero este es achaque frecuente en la política y en la vida toda, y quien tenga alguna experiencia del trato humano y de las mil maneras, á veces



tortuosas y extravagantes, que hay de mover á los hombres, no ha de maravillarse de esto, ni rechazarlo mientras sirva para cumplir una obra buena.

Las consecuencias que de aquí pueden sacarse, son dos: que no obstante la apariencia de una reacción muy acentuada en la política y en la orientación social—y el hecho es más que aparente en ciertos elementos—, las ideas van abriéndose camino y se cumple la sentencia de Giner de los Ríos: «La Historia corre para todos»; y que debemos tener fe en la propaganda, en la tenaz y serena afirmación del pensamiento, día tras día, sin vacilar un instante, á pesar de todas las oposiciones y de todas las burlas de los desdichados que ocultan su ignorancia y su cretinismo con la mueca de la sátira rastrera é impotente.

Esta disposición general de la masa tiene como auxiliar, ó mejor dicho, como *moldeador*, el empuje activo de algunos factores sociales que constituyen lo que Morote ha llamado, en *La moral de la derrota*, «las reservas de resistencia de la patria».

## II

### Los «americanos»,

Pereda, Alas, Palacio Valdés, casi todos nuestros novelistas del Norte, han retratado en sus obras el tipo del «americano» ó «indiano», que en estas regiones cantábricas es popular y abundante. No hay para qué decir que ofrece, por esa misma abundancia, una rica heterogeneidad de tipos, correspondientes, ya á la esfera social de que salieron, ya al género de trabajo en que se ocuparon durante su estancia en América, ya al resultado económico de ese mismo trabajo.

Pero sin negar esa diversidad interior de la *clase*, en virtud de la cual puede decirse que «hay indios é indios», cabe hablar con exactitud de una psicología general del grupo, y mejor aún de la función general que representa en nuestra nación. Conforme á ella, son los «americanos», entre nosotros, una de las fuerzas vivas, progresivas, de más segura, aunque callada eficacia.

No hace mucho, Grandmontagne habló, en uno de sus valientes artículos, del descontento que muchos de esos «americanos» sienten ante las deficiencias innegables de nuestro tipo común de vida y de nuestra administración pública. Ese descontento es uno de los factores que, insensiblemente, aun sin que ellos mismos se den cuenta, hacen de los «americanos» un fermento de renovación de la sociedad española. La causa es bien clara. Todos ellos han sido, durante muchos años, habitantes de países orientados en el sentido de lo que con frase compendiosa suele llamarse «espíritu moderno» ó «civilización moderna»; han tenido muy próximo el ejemplo, enérgicamente sugestivo, de la República yanqui, y á su lado el de las colonias europeas de mayor empuje; no pocos han visitado, á su regreso á Europa, otras naciones de admirable desarrollo económico é intelectual, y en su espíritu han nacido las aspiraciones nuevas, hijas, ó del goce, ó de la visión, de progresos, de libertades, de *conforts* que no son comunes entre nosotros. En los que la lucha por la vida no ha paralizado con crueles pruebas el proceso mental ó ha matado todo movimiento de protesta y de aspiración, la prolongada estancia en América produce el efecto de una «pensión de viaje ó de estudio», de las que ahora vuelven á ensayar nuestros gobiernos para «europeizar» rápidamente las clases intelectuales y obreras. Mediante la emigración, España está enviando cientos y cientos de sus hijos á que estudien, en contacto con la dura, pero sana realidad, cómo se «hace país», cómo se allegan riquezas, por qué caminos los hombres y los pueblos mejoran. Claro es que no piensan en esto los emigrantes cuando se marchan; pero la lección



se les impone, infiltrando en su espíritu reflexiones *altruistas* de sentido social, no obstante lo *egoísta* de su propósito impulsor. Y cuando vuelven á España, aunque reducido su número, traen todos el tesoro de su experiencia, que les hace estimar al punto el contraste. Así, un «americano» —como un español cualquiera que haya viajado inteligentemente por el extranjero— es seguro que no será *chauvinista*. El peligro en el sentido contrario lo suelen corregir eficazmente la necesidad de descansar en la patria y el conjunto de sentimientos inefables que nos ligan al terruño en que nacimos, sentimientos tanto más fuertes y dominantes cuanto más larga fué la ausencia.

Por todo esto, repito, el americano que vuelve con alguna independencia económica —pues el condenado á servidumbre del trabajo no tiene ni espíritu ni tiempo para pensar en otras cosas— es un descontento, por comparación; y como en la mayoría de los casos no es un ideólogo, un contemplativo, sino un hombre avezado á la acción, su descontento no se duerme en el pesimismo, sino que procura mejorar el medio, haciendo que se parezca en lo posible al que dejó en América.

Ciertamente, los planes reformativos de algunos no exceden del hogar, del círculo estrecho de las comodidades caseras: éstos son los egoístas, que en todo país harían lo mismo, gente incapaz de comprender que el utilitarismo bien entendido se funda en el mayor número de ventajas obtenidas para la masa, que toda mejora de la colectividad se refleja sobre cada uno de los individuos y que en un medio atrasado, defectuoso, no es posible la felicidad individual.

Estos mismos, sin embargo, contribuyen, sin percatarse de ello, á uno de los progresos más evidentes de nuestro país en estos últimos años: al progreso económico.

El español trabaja hoy más que antes, emprende más, gana más, entra en la vida industrial moderna con mayor amplitud de miras que hasta ahora, y produce el efecto de aumentar la potencia económica del país, que tiene signos

indudables, incluso en la recaudación de los tributos, en aumento cada día, y no sólo porque la Hacienda apure los arbitrios, sino porque las fuerzas contributivas crecen. No es que á mí se me figure *oro* todo lo que reluce en el industrialismo moderno; antes bien, le temo en muchos respectos, porque sé las tristezas, las explotaciones, las desigualdades que trae consigo; pero caso aparte de que no es ahora el momento de hablar de este asunto, hoy por hoy forzoso es reconocer que constituye la forma normal en que el hombre realiza su progreso económico. Pues bien; á éste ayudan sobremanera esos mismos «americanos» egoístas. Unos más, otros menos —los hay ferozmente miedosos, que se agarran como desesperados al «cupón»—, llevan su dinero á los «negocios» y los vivifican. Sabido es que gran parte del renacimiento industrial se ha hecho, en casi toda España, con dinero de los «americanos» del Continente y de Cuba (éstos, allegados á la Península después de 1898) en unión del de los bilbainos, que son, á su modo también, unos extranjerizados. Aunque éste sólo fuese el efecto de la reinmigración, confesemos que ya sería importante, y no tanto por el numerario que aporta como por el ejemplo de «acción» que ofrece. No de otra manera, en toda la historia, los grandes egoísmos individuales ó de clase han venido al cabo á producir, directamente ó por reacción, beneficios que alcanzan á toda ó á la mayor parte de la colectividad.

Pero hay muchos «americanos» de mayor horizonte ideal que esos á que acabo de referirme: son los que, al regresar á la patria, piensan en algo más que el descanso y la colocación de capitales, y traducen su patriotismo por iniciativas cuyo fin es modernizar en lo posible el país en que nacieron. No se trata de casos aislados; es ya una serie de ellos, que eleva el fenómeno á la categoría de corriente social acentuada y característica de la clase.

En otro sitio, y con motivo de cuestiones pedagógicas, he hecho notar la triste y desconcertante paralización que ha sufrido en los últimos ciento veinte años, aproximadamente, el afán por la cultura que en un período de más



de tres siglos caracterizó á nuestras clases altas (1). Todo lo que ahora es novedad y título de gloria para las naciones más progresivas—frecuentación de los grandes centros docentes del extranjero, protección á los que quieren estudiar, donativos cuantiosos de los particulares para fundaciones de enseñanza—, es entre nosotros lo viejo, lo pasado, lo que se hizo á manos llenas, con pasión, desde mediados del siglo XII hasta bien entrado el siglo XVII y lo que, tras un breve alto, se reanudó en el XVIII, unido á la acción oficial de los ministros de Fernando VI, de Carlos III y del propio Carlos IV. Pero el afán por la cultura cesó entre nosotros precisamente cuando más falta hacía; cuando las naciones modernas ponían en él todo su empeño, y con la rapidez y la intensidad que permite la organización de la vida presente, obtenía resultados asombrosos. Los españoles cesaron de fundar establecimientos de enseñanza, y el Estado la relegó al puesto de cenicienta de la administración. Ved ahora los datos estadísticos escolares referentes á los últimos veinte años en la región donde más se emigra á América; tomad por ejemplo á esta Asturias, respecto de la cual os dará todo el trabajo hecho Fermín Canello en la 2.<sup>a</sup> edición de su *Historia de la Universidad ovetense*, hace poco publicada, y notaréis que la inmensa mayoría de las fundaciones de escuelas, de los nuevos edificios escolares, de los donativos para fines docentes, son de «americanos». El americano que vuelve rico, piensa, por lo común, ante todo en elevar á la categoría de habitación decente é higiénica el chamizo donde la niñez de su aldea natal aprende las primeras letras; y si tanto no puede, ó no cabe que lo haga porque está ya hecho, busca otro modo de contribuir á la cultura popular. Es el renacimiento de la tradición española vivificada por el ejemplo de la América moderna. Lo que esto significa para nuestra «regeneración» verdadera, no hay para qué encomiarlo. No es sólo la ampliación de la escasa iniciativa oficial; es

(1) En el libro *Psicología y Literatura*, cap. *Tradiciones españolas*.

la reintegración al cuerpo social de una función propia que por la atonía de aquél tuvo que hacer temporalmente suya el Estado.

Y no queda aquí la obra de los «americanos». Abraza otras muchas esferas de la vida, en que su acción se deja ya sentir, y de alguna de las cuales hablaré en seguida.

### III

#### Los «americanos», en América

Se puede dudar de que España se regenere como nación y creer á la vez que el alma española no está incapacitada para la vida más alta de la civilización. Naturalmente, no voy á discutir lo primero, tanto más cuanto que en estos asuntos yo nunca me atrevería á dar sentencia firme, y que, por otra parte, si tengo dudas doctrinalmente considerada la cuestión, prácticamente procedo como si no las tuviese.

Por otra parte, opino que lo que importa más á un pueblo es que no se pierda la esencia de su espíritu, de su representación en la Humanidad, aunque varíe y cambie la forma de su representación colectiva. Yo creo que esa esencia no puede perderse, que no se puede decir que España está destinada á borrarse del cuadro de la civilización.

Esta confianza me la dan principalmente, en lo que se refiere á la vida económica, los «americanos».

En España hay, sin duda, gente que trabaja, y no debe regateársele el reconocimiento de esa cualidad; pero de un lado, es cierto que el medio económico peninsular no se presta todavía á un gran florecimiento, como lo demuestra



el hecho de la emigración; y de otro, aquí tenemos tendencia á creer que sólo una parte de los españoles, los nacidos en determinada región, sirven para trabajar y fomentar la riqueza nacional.

Pues los que van á América, los que han consumido allí las fuerzas de su juventud, son la demostración viva de que todo español es capaz de las más altas actividades económicas, y de que, cuando se encuentra en un medio favorable, vale tanto como cualquier hombre de cualquier otra raza. Son por esto, á la vez, una contestación afirmativa y elocuente á la pregunta de si hay en el alma española condiciones fundamentales para la vida moderna, y un argumento indiscutible de reivindicación de nuestro nombre, frente á la leyenda que en el extranjero todavía mantienen algunos. Por eso, y por lo que luego, vueltos á la patria, reflejan de esas condiciones en nuestra vida nacional, yo los estimo y sostengo que son uno de los factores de nuestra regeneración.

Todavía tiene su acción un aspecto más interesante si cabe, y es el del campo en que la ejercen: América. La demostración práctica que hacen de la aptitud de nuestro pueblo para la vida económica, se verifica en países hermanos, en países que hablan nuestro idioma, y que, por esto mismo—como ya demostró Fichte al hablar del idioma alemán—tienen con nosotros un fondo común de espíritu, una misma matriz de alma, que un ilustre profesor uruguayo, Rodó, ha reconocido y defendido en un escrito famoso. Y al ser así como son en América, sientan una de las bases más firmes para la aproximación de la antigua metrópoli y de las naciones que salieron de sus colonias, porque les dan la confianza de que la vieja España conquistadora y guerrera ha sido sustituida por una España trabajadora, amiga de la paz y henchida de sentimientos de amor y cooperación hacia sus hermanas del Nuevo Mundo.

Por eso yo creo—frente á los que hablan de nuestro porvenir africano—que nuestro verdadero porvenir está en América, con la ventaja de que no es ni será nunca un

porvenir imperialista, sino un porvenir de honda cordialidad, de alto respeto para todos, de solidaridad en la parte de obra que toca cumplir á los pueblos hispanos en la empresa mundial de la civilización.

Así, por manera doble, sirven los «americanos» á su patria: en ella, impulsando la actividad económica y la intelectual y haciendo atmósfera en el sentido de una vida á la moderna; en el extranjero, reivindicando el buen nombre de nuestro pueblo y librándole del dictado de holgazán, soñador y misoneísta *a nativitate* con que se le moteja á diario, ó por calumnia, ó por ligereza de juicio.

## IV

### Más sobre los españoles de América

Acabo de asistir á una fiesta interesantísima (1). El presidente honorario del Centro Asturiano de la Habana, don Rafael García Marqués, ha reunido en comida íntima, que más parecía banquete, á varios amigos y á los representantes de la prensa de Oviedo. Se trataba de dar, en esta forma, una muestra de alta consideración y simpatía al senador don Rafael M. de Labra y al rector de nuestra Universidad, don Fermín Canella, y de festejar la entrega, á uno y á otro, de los títulos de honor que les envía el Centro, y particularmente al señor Labra, de la medalla de oro que ha de ostentar como representante de aquél en el centenario académico próximo á celebrarse. Al final de la comida, el señor García Marqués ha dirigido la palabra á

(1) Este artículo se escribió en Oviedo y en el mes de Septiembre de 1903.